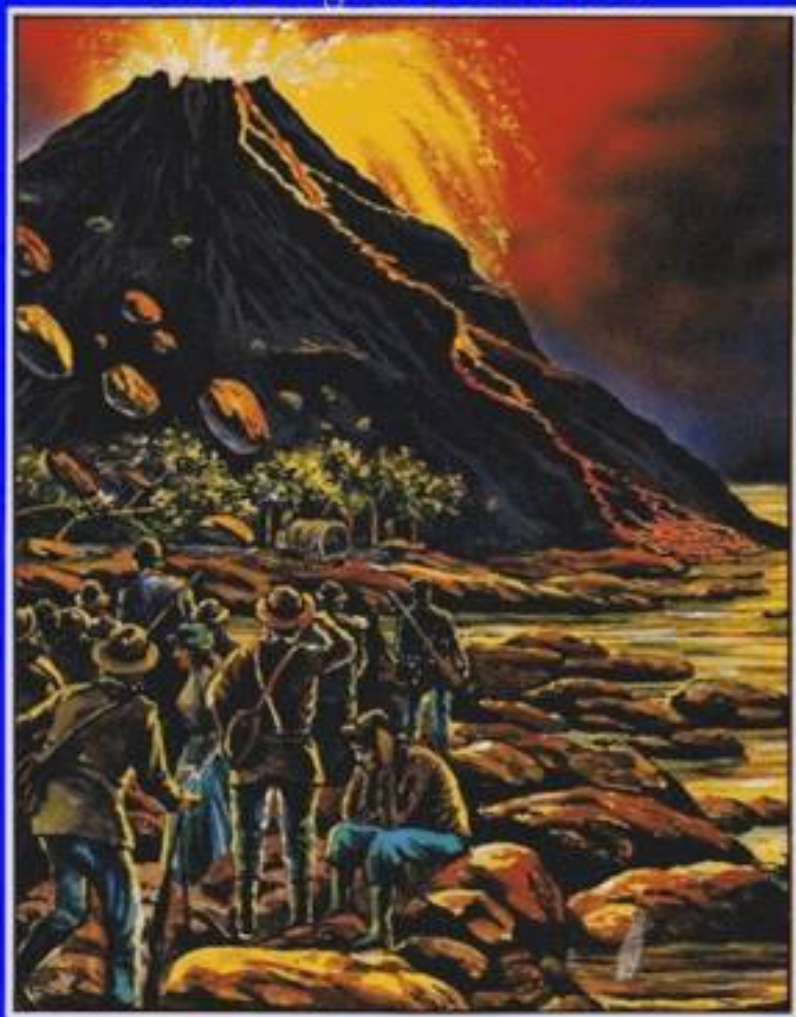


Julio Verne

El volcán de oro

Edición original de Julio Verne



Recorrer el Gran Oeste canadiense junto a la caravana de dos intrépidos primos de Montreal, conocer sus peripecias frente a osos, bandidos y míticos animales, sentir la crudeza del clima de Alaska, descubrir la miseria de la vida en las minas y las consecuencias de esa enfermedad histórica que fue la fiebre del oro... ¿Pensaste disfrutar de una aventura así de la pluma de Julio Verne?

Los compromisos que lo ataban a su editor que limitaban su obra al género científico de anticipación lo obligaron a posponer este proyecto literario hasta sólo seis años antes de su muerte. Después, las manipulaciones que sufrió la obra anularon su cara más audaz, la que criticaba las desahoradas ambiciones de su tiempo. Ahora, por fin, podemos leer el texto original y definitivo.

PREFACIO

El 1886, después de haber publicado alrededor de treinta novelas de la serie de los *Viajes Extraordinarios*, Julio Verne se encuentra en la cúspide de la gloria. Sin embargo, en el transcurso de aquel mismo año, se van sucediendo las desgracias en la vida del escritor: su sobrino, herido por un disparo, quedará cojo para el resto de sus días, y su editor, Pierre-Jules Hetzel, fallece. Al novelista le aguarda otro tipo de vida: ya no puede navegar, lo que constituía su gran pasión, y sintiéndose libre de las ataduras impuestas por Hetzel, pone en tela de juicio su carrera literaria.

En efecto, Verne sueña con liberarse del marco «científico y geográfico» en el que se hallaba «condenado a desenvolverse». Al tiempo que envejece, escribe novelas fantásticas (*La esfinge de los hielos*, *Las historias de Jean-Marie Cabidoulin*), o de pasión (*El castillo de los Cárpatos*), satíricas (*Sin pies ni cabeza*), pero esas obras, que hoy son apreciadas por su valor literario, son mal recibidas entonces. El público espera ante todo del autor de *De la tierra a la luna* novelas de ciencia-ficción en las que se desplieguen inventos extraordinarios.

Los manuscritos póstumos de Julio Verne.

Después de la muerte de Julio Verne, el 24 de marzo de 1905, su hijo Michel elabora sin tardanza la lista de once volúmenes en espera de ser editados. Esas obras se dividen en un relato de viajes (*Viaje por Inglaterra y Escocia*),

una novela de ciencia-ficción (*París en el siglo XX*), una colección de relatos y ocho novelas terminadas: *El faro del fin del mundo*, *La agencia Thompson & Co.*, *En Magellanie*, *El secreto de Wilhelm Storitz*, *La caza al meteoro*, *El bello Danubio amarillo*, *El volcán de oro* y *Viaje de estudios*, siendo este último el único que se había quedado en estado de proyecto. Desgraciadamente, bajo las presiones del editor Jules Hetzel, Michel Verne se entrega entonces a una lamentable manipulación. Reescribe completamente las obras de su padre —entre ellas *El volcán de oro*—, introduce nuevos personajes, redacta nuevos capítulos e imagina nuevas conclusiones. Todo el espíritu de las obras originales es traicionado.

Hasta nuestros días no se conocían esas novelas póstumas sino bajo esa forma desnaturalizada. Pero recientemente, la Sociedad Julio Verne ha encontrado en manos de los descendientes del editor las copias de los manuscritos de Julio Verne; después de una primera edición no comercial, de tirada limitada, en la actualidad agotada, presenta hoy para el gran público la versión original de *El volcán de oro*, la única auténtica. La novela retorna a su verdadero ser cien años después de su redacción.

El manuscrito de El Volcán de oro.

En 1896, los buscadores de oro se precipitan hacia las orillas del Klondike, en el territorio del Yukón, tras el anuncio del descubrimiento de un yacimiento aurífero inagotable. El propio hijo de Julio Verne se entrega a la prospección minera. El escritor no tarda en describir aquella funesta fiebre del oro, un metal que menosprecia después de haber trabajado en la Bolsa en 1857 —el mismo oro que le proporciona el tema de *En Magellanie* y de *La caza al meteoro*—, y al que todavía volverá a aludir en 1900 en *Segunda patria*.

En octubre de 1899, Verne escribe a Hetzel hijo:

Estoy ahora sumergido en las minas del Klondike. ¿Encontraré una pepita de oro? Ya veremos. En cualquier caso le doy al pico como un minero.

Obra fuerte y pesimista, *El volcán de oro*, una vez terminada, queda en reserva. Será la única novela póstuma en dos volúmenes, prueba del interés que el autor sentía por ella.

Completa y revisada, la obra no necesitaba ninguna corrección o modificación. Sin embargo, tal fue su destino. El manuscrito de *El volcán de oro* presenta un texto acabado, aunque le falta la última revisión de pruebas. Según su costumbre, el escritor no había decidido definitivamente los nombres propios de todos sus personajes. En el curso del relato cambia a veces la ortografía, ya fuera por distracción, o para probarlos, ya que Verne trabajaba sobre varias novelas a la vez. Consciente de cometer ese tipo de errores, el autor se reserva por otro lado la posibilidad de corregirlos adjuntando a un nombre, a una distancia, o a una fecha dudosa un signo de interrogación, destinado a llamar su atención. Por lo tanto, hemos rectificado las eventuales faltas como el autor lo hubiera hecho. Solamente han quedado algunas repeticiones, olvidos y torpezas; las hemos respetado y hemos señalado las lagunas del texto mediante puntos suspensivos entre corchetes. Cualquier otra rectificación está señalada por una nota a pie de página. Los nombres propios modificados conservan su primera grafía, pero las variantes van señaladas igualmente a pie de página. En lo que respecta a los nombres geográficos, hemos conservado su antigua ortografía, la de la época de Julio Verne. Finalmente, esta nueva edición ha sido revisada y corregida.

Tema de la obra.

Una sola fórmula basta para resumir *El volcán de oro*: «Muerte y miseria en el Gran Norte». En efecto, dos temas son desarrollados en la novela: la fiebre del oro y la travesía de un país salvaje e inhospitalario.

La fiebre del oro se describe como una enfermedad, apoyándose en términos médicos:

¡Ben no escapó a la epidemia reinante, y Dios quiera que yo a mi vez no me contagie! ¡Vaya fiebre, esta fiebre del oro, y no es intermitente, y no se la puede cortar con una quinina cualquiera! Me doy cuenta de que no hay cura para ella^[1].

En aquel final del siglo XIX, en el que el enriquecimiento era la finalidad de toda la burguesía, atacar al Becerro de oro, dios de los capitalistas, no carecía de cierta audacia. Ese ataque obligó sin duda al autor a retrasar la publicación de su novela y explica ciertas transformaciones operadas por su hijo y por Jules Hetzel, asustados por el desprecio que manifestaba el escritor por el «vil metal», temían que afectara a la venta del libro.

Si bien el odio hacia el oro permanece oculto en tres novelas póstumas (*En Magellanie*, *La caza al meteoro* y *El volcán de oro*), este mismo odio se manifiesta en vida del autor en *Segunda patria*, en la cual aparece una breve alusión a aquella plaga, y donde el descubrimiento de pepitas de oro amenaza con hacer desaparecer la colonia:

¡Si se divulga la existencia de estos terrenos auríferos, si se llega a saber que las pepitas abundan en la Nueva Suiza, los buscadores de oro acudirán en masa y, tras ellos, vendrán todos los males, todos los desórde-

nes, todos los crímenes que acarrea la conquista de ese metal!^[2].

Bajo la probable presión del editor, ese «fermento de agitación y ruina»^[3] desaparece del relato como por encanto; las pepitas ya no existen y en su lugar se lee:

[...] la colonia no fue invadida por esos buscadores de oro que sólo dejan tras ellos desorden y miseria^[4].

Los mismos buscadores de oro descritos en *En Magellanie*, que se abaten sobre la isla de los colonos como una nube de langostas, dejando la ruina a su paso, y en *La caza al meteoro* donde, bajo forma paródica, el cometa de oro suscita el desencadenamiento de las pasiones y de las especulaciones más alocadas.

El volcán de oro está enteramente consagrado a esa busca maléfica. Verne describe con precisión los métodos de prospección y la condición de los mineros, sus fracasos, su degradación, hasta la muerte. Como para reforzar su intención, inserta una historia secundaria en el relato, la de Jacques Laurier, un desgraciado buscador que habiendo creído conquistar la fortuna, termina su vida en el siniestro hospital de Dawson City, del cual los enfermos «no salen más que para ir al cementerio en un carruaje fúnebre tirado por perros»^[5]. Esta confesión trágica parece destinada a hacer reflexionar a su hijo Michel: Jacques Laurier, hijo de buena familia, lleva como Verne —sinónimo del aliso— un apellido de árbol; es francés, como él, y de Nantes. ¿Comprendió Michel Verne la alusión? En todo caso cambió Laurier por Ledum y suprimió la expresión «carruaje fúnebre tirado por perros».

La poesía del Gran Norte.

En esta novela de aventuras Julio Verne evoca —como lo harán más tarde Jack London y James Oliver Curwood— la poesía del Gran Norte, el país rudo y salvaje cruzado por los dos primos de Montreal en busca de un *claim*^[6] supuestamente aurífero. Nos encontramos en plena película del oeste: la caravana cruza los puertos, navega por lagos y ríos, caza para alimentarse, sufre el ataque de una manada de osos y de una partida de bandidos. Una extraña cacería del alce canadiense, animal mítico siempre insaciable, añade a la novela un carácter ecológico y poético.

En ese universo rudo, de temibles fríos, las mujeres no se enfrentan a los mismos peligros. Sólo dos religiosas, fieles a su vocación, emprenden igualmente el largo viaje hacia Dawson City para llevar su consuelo y su femenina presencia a las miserables víctimas de la *auri sacra fames*^[7].

Las transformaciones de Michel Verne.

Michel Verne reescribe, pues, la novela y cree necesario —¿por anticlericalismo?— sustituir a las dos hermanas de la caridad por dos encantadoras primas buscadoras de oro que flirtean con los dos protagonistas hasta consumir un doble matrimonio final. De una novela de aventuras, sobria y viril, de búsqueda simbólica, la novela se rebaja al nivel de un sainete sentimental. Para añadir unos toques pintorescos y cómicos, Michel Verne hace acompañar a la prima Jane por un personaje grotesco, Patrick Richardson, un descargador de mercado que llama siempre a su patrona «*monsieur Jean*», incapaz de reconocer a una mujer en pantalones de minero. Para rematarlo todo, Neluto, el digno indio que acompaña a la caravana hacia Golden Mount,

el misterioso volcán de oro, aparece ridiculizado, expresándose como una caricatura de campesino normando:

—¡Allí! ¡Allí! ¡Humo! —gritó.

Pero al momento lamentó haberse mostrado tan audazmente afirmativo.

—O una nube —dijo.

Reflexionó un segundo y añadió:

—O un pájaro.

El piloto reflexionó unos instantes. Humo, una nube, un pájaro... ¿Había agotado las hipótesis?

—O nada —concluyó^[8].

Esa cascada de interpretaciones, indignas de un indio de vista aguda, sustituye a la concisión de Verne:

Los vapores se disiparon y se oyó gritar a Neluto:

—¡Allí! ¡Allí! ¡Humo!

Al mismo tiempo apareció la montaña, el volcán de oro, cuyo cráter dejaba escapar algunos vapores fuliginosos^[9].

Todos esos añadidos, todas esas modificaciones, lejos de mejorar la novela, la diluyen y rebajan. Más grave aún, la conclusión de Michel Verne, al cabo de los cuatro capítulos suplementarios, transforma el fracaso en victoria. Esa transformación de la situación nos deja asombrados si nos acordamos de que Julio Verne describió esa fiebre del oro para mostrar la maldición ligada al metal amarillo: una búsqueda funesta de la que se regresa —cuando se regresa— más pobre que al principio.

Reconozcamos que Michel Verne, en su labor transformadora, da muestras de una habilidad poco común al modificar las últimas frases de la novela, consiguiendo dar a las mismas palabras un sentido opuesto; así, una explosión de rencor se convierte en un exceso de vitalidad. Para Julio Verne, Ben Raddle no admite su fracaso:

Parecía que en cualquier momento fuera a estallar en recriminaciones contra su mala fortuna.

Entonces Summy Skim se apresuró a decirle:

—Sí, mi pobre Ben siempre está listo para entrar en erupción. ¡Después de todo, cuando uno ha tenido un volcán en su vida, siempre queda algo!

En la versión de Michel Verne, Ben Raddle,

...ese hombre feliz, nunca está presente [...] pasa y desaparece como un rayo. [...] Summy Skim [...] no se priva de colmarle de los más vivos reproches [...].

Además, Summy, cuando su primo se ha ido en una nueva gira, es el primero en excusarle.

—No hay que criticar que el pobre Ben esté siempre listo a entrar en erupción — suele decirle a Edith—. Después de todo, cuando uno ha tenido un volcán en su vida siempre queda algo.

Hacia la explosión final.

Por fin puede hoy Julio Verne expresarse, lavado de las escorias que desnaturalizaban su obra, del mismo modo que el agua purifica dos veces el oro maldito. Leer *El volcán de oro* en su versión original, tal y como su autor la imaginó, devuelve a esa novela su fuerza, su belleza y toda su virginidad.

Verne siempre vivió obsesionado por el simbolismo de los volcanes, explosión liberadora, surgimiento orgánico. Calificados a menudo de «ignívoros», como en los *Viajes Extraordinarios*, los volcanes vomitan fuego. ¿No se receta un emético al Golden Mount, en *El volcán de oro*, para ayudarle a arrojar las pepitas de su estómago repleto? Ya en *Sin pies ni cabeza* «los volcanes aprovechaban la ocasión para vomitar, como un viajero con náuseas, la materia que se desplazaba en sus entrañas»^[10].

De la tierra al cielo el volcán es un fuego artificial fantástico que ilumina toda la obra de Verne. En *Cinco semanas en globo*, primera novela publicada en Hetzel, un misionero muere contemplando aquella maravilla de la naturaleza, un *cráter en actividad del que escapaban con estrépito mil surtidores deslumbrantes*.

—¡Qué bello es! —dijo—. *El poder de Dios es infinito hasta en sus más terribles manifestaciones*^[11].

A la conquista del aire, de la tierra y del fuego, Verne explota su imaginación. Los volcanes, símbolos de la pasión, del poder y de la vitalidad, liberan las pulsiones y expresan un rechazo de las ataduras. A veces el volcán duerme; desconfiemos de su despertar.

OLIVIER DUMAS
Presidente de la Sociedad Julio Verne

NOTA DEL EDITOR DIGITAL

La presente edición está basada en los escritos originales de Jules Verne, sin los añadidos y cambios realizados en la edición de 1906 por su hijo Michel Verne (dicha versión también se encuentra publicada en la página), y que fue publicada por primera vez en 1989.

La mayoría de versiones publicadas de *El volcán de oro* siguen la versión realizada por Michel Verne, siendo esta obra, en su versión original, prácticamente desconocida.

PRIMERA PARTE

1

EL LEGADO DE UN TÍO

El 18 de marzo del antepenúltimo año de este siglo, el cartero que hacía el reparto en la calle Jacques-Cartier de Montreal entregó en el número veintinueve una carta dirigida a *monsieur* Summy Skim. Esa carta decía así: «El notario Snubbin presenta sus respetos a *monsieur* Summy Skim y le ruega pasar sin tardanza por su bufete para un asunto que le concierne».

¿Con qué motivo deseaba el notario ver a *monsieur* Summy Skim? Éste le conocía, como todo el mundo en Montreal. Era un hombre excelente, un consejero prudente y seguro. Canadiense de nacimiento, dirigía el mejor bufete de la ciudad, el mismo que sesenta años antes tenía como titular al famoso notario Nick, cuyo nombre verdadero era Nicolas Sagamore, de origen hurón, tan patrióticamente implicado en el asunto Morgaz, que tuvo considerable resonancia en el año 1837^[1].

Monsieur Summy Skim se mostró bastante sorprendido al recibir aquella carta del notario Snubbin, por no tener ningún asunto pendiente en su bufete. Sin embargo, acudió a la invitación recibida. Media hora más tarde llegaba a la plaza del mercado Bonsecours y era introducido en el despacho donde le estaba esperando el notario Snubbin.

—Tenga usted los buenos días, *monsieur* Skim —dijo el notario levantándose—. Permítame presentarle mis respetos.

—Y yo los míos —respondió *monsieur* Skim sentándose cerca de la mesa.

—Ha sido usted el primero en llegar, *monsieur* Skim.

—¿El primero, notario Snubbin? ¿Somos varios los convocados en su bufete?

—Dos —respondió el notario—. *Monsieur* Ben Raddle, su primo, ha debido recibir una carta invitándole a venir, lo mismo que usted.

—Entonces no hay que decir ha debido recibir, sino recibirá —declaró Summy Skim—. Porque Ben Raddle no se encuentra en Montreal en estos momentos.

—¿Volverá pronto? —preguntó el notario Snubbin.

—Dentro de tres o cuatro días.

—Cómo lo lamento.

—¿Tan urgente es la comunicación?

—En cierto modo sí —respondió el notario—. Pero a fin de cuentas le voy a poner al corriente y le ruego que ponga en conocimiento de *monsieur* Ben Raddle en cuanto regrese lo que me ha sido encargado comunicarles.

El notario se caló los lentes, hojeó algunos papeles esparcidos sobre la mesa, cogió una carta que sacó de un sobre y antes de leer el contenido dijo:

—*Monsieur* Raddle y usted, *monsieur* Skim, son los sobrinos de *monsieur* Josias Lacoste.

—En efecto, mi madre y la madre de Ben Raddle eran hermanas suyas. Pero después de su muerte, hace siete u ocho años, perdimos toda relación con nuestro tío. Dejó Canadá por Europa. Nos separaron algunos intereses. Desde entonces no volvió a dar noticias; ignoramos lo que ha sido de él.

—Pues bien —respondió *monsieur* Snubbin—, me acaba de llegar la noticia de su fallecimiento, fechada el 25 de febrero último.